

GUERRA COLONIAL Y CRISIS DEL 98

En 1895 estalló en Cuba una nueva insurrección, a la que se sumó más adelante la rebelión de las islas Filipinas. Después de una corta guerra con Estados Unidos, en 1898, España perdió sus últimos territorios coloniales y quedó inmersa en una grave crisis política y moral.

EL PROBLEMA CUBANO

En 1868 comenzaron en Cuba los movimientos independentistas, cuando se produjo una sublevación popular dirigida por Carlos Manuel de Céspedes, «grito de Yara», que dio comienzo a la lucha. Se luchaba por la abolición de la esclavitud, en las plantaciones e ingenios azucareros, y por la autonomía política, similar a la que en aquellos momentos defendían los republicanos federales en la metrópoli. EE. UU. alentó y apoyó desde el primer momento los movimientos secesionistas, ya que el Caribe constituía un área estratégica en su proyección exterior.

La Guerra de los Diez Años, o *guerra larga*, duró hasta 1878 y concluyó con la Paz de Zanjón (1878), por la que el general Martínez Campos se comprometió a conceder a Cuba formas de autogobierno. Los resultados de esta paz fueron escasos. Los naturales de Cuba esperaban de la administración española una serie de reformas que les otorgasen los mismos derechos de representación política en las Cortes que los españoles de la Península, la participación en el gobierno de la isla, la libertad de comercio y la abolición de la esclavitud, que aún se practicaba con los negros que trabajaban en los ingenios o fábricas de azúcar. Ninguna de estas peticiones había sido tomada en consideración por la administración colonial, debido a la rotunda oposición de los grandes propietarios, de los negreros y de los comerciantes peninsulares.

Siguiendo el modelo bipartidista de la Península, se crearon en Cuba dos grandes partidos, el Partido Autonomista, integrado en su mayoría por cubanos, y la Unión Constitucional, un partido españolista que contaba con una fuerte militancia de los peninsulares instalados en la isla. El primero de ellos pedía la autonomía para la isla, propugnaba un programa de reformas políticas y económicas sin llegar a la independencia y había conseguido una amplia representación en el Parlamento español. El Partido Liberal de Sagasta se mostró proclive a introducir mejoras en la isla, pero durante sus sucesivos mandatos sólo llegó a concretar la abolición formal de la esclavitud, en 1888. En 1893 propuso a las Cortes la aprobación de un proyecto de reforma del estatuto colonial de Cuba, pero no prosperó debido a la fuerte presión de los intereses económicos españoles, que no estaban dispuestos a hacer ninguna concesión, a la "Perla de las Antillas", que los pudiese vulnerar.

La ineficacia de la administración para introducir reformas en la colonia estimuló los deseos de emancipación, y el independentismo fue ganando posiciones frente al autonomismo. En 1892, un intelectual, José Martí, fundó el Partido Revolucionario Cubano, cuyo objetivo era la consecución de la independencia y de inmediato consiguió apoyo exterior, especialmente de Estados Unidos. El independentismo aumentó rápidamente su base social y contó con el respaldo de caudillos revolucionarios, como Máximo Gómez, que se habían distinguido en su lucha contra las tropas españolas en la guerra de los Diez Años y se habían negado a aceptar los acuerdos de Zanjón.

En 1891, el gobierno español elevó las tarifas arancelarias para los productos importados a la isla que no procediesen de la Península (arancel Cánovas). Por aquel entonces, el principal cliente económico de Cuba era Estados Unidos, que adquiriría casi la totalidad de los dos grandes productos cubanos, el azúcar y el tabaco, mientras que esa potencia sólo podía exportar a Cuba productos con fuertes aranceles de entrada. En 1894, EE.UU. adquiriría el 88,1 % de las exportaciones cubanas, pero sólo se beneficiaba del 32 % de sus importaciones, que seguían procediendo mayoritariamente de España. El presidente norteamericano William McKinley manifestó su protesta ante tal situación y amenazó con cerrar las puertas del mercado estadounidense al azúcar y al tabaco cubanos si el gobierno español no modificaba su política arancelaria en la isla. Al temor a una nueva insurrección independentista, se sumó el recelo a que ésta pudiese contar con el apoyo de Estados Unidos.

En 1895 se produjo la insurrección nacionalista que dio lugar a la última guerra cubana, que se dividió en dos grandes etapas: entre 1895 y 1898 tuvo lugar la guerra entre el ejército español y los grupos independentistas nativos, guerra hispano-cubana; en 1898 se produjo la intervención directa de Estados Unidos en el conflicto, lo que llevó al enfrentamiento hispano-norteamericano.

LA GUERRA HISPANO-CUBANA

El Grito de Baire el 24 de febrero de 1895 dio inicio a un levantamiento generalizado. La rebelión comenzó en el Este de la isla, en Santiago de Cuba. José Martí y el general Máximo Gómez redactaron el *Manifiesto de Montecristi* (República Dominicana). La muerte del líder de la independencia, José Martí (19 de mayo de 1895), marca el final de esta fase.

El jefe del gobierno español, Cánovas del Castillo, envió un ejército al mando del general Martínez Campos, que entendía que la pacificación de la isla requería una fuerte acción militar que debía acompañarse de un esfuerzo político de conciliación con los sublevados. La segunda fase fue el momento de mayor avance de las tropas sublevadas, desde el este hacia el oeste de la isla, avance que el general Martínez Campos se vio incapaz de frenar. La guerra fue muy dura debido a las condiciones geográficas, al clima y a las pésimas condiciones de vida de los soldados que sucumbían ante las enfermedades tropicales. El ejército fracasó porque las guerrillas rebeldes estaban apoyadas por la población civil y contaban con la ayuda militar de EE.UU.

Martínez Campos fue sustituido por el general Valeriano Weyler (imagen inferior), con la misión de «guerra hasta el final». El general Valeriano Weyler, era un *hombre de hierro*, buscaba vencer sin negociar. Recurrió a medidas impopulares como la destrucción de cosechas y ganados y la reclusión de población cubana en aldeas fortificadas, auténticos campos de concentración, con duras condiciones de vida. Su actuación provocó una oleada de protestas internacionales, especialmente en EE.UU. donde la prensa sensacionalista levantó a la opinión pública contra España. El presidente republicano McKinley propuso comprar la isla, pero el gobierno español lo rechazó.

En 1897, tras el asesinato de Cánovas y conscientes del fracaso de la vía represiva propiciada por Weyler, el nuevo gobierno liberal lo destituyó del cargo y encargó el mando al general Blanco. Además, inició una estrategia de conciliación con la esperanza de empujar a los separatistas a pactar una fórmula que mantuviera la soberanía española en la isla y evitase el conflicto con Estados Unidos. Para ello decretó la autonomía de Cuba, el sufragio universal masculino, la igualdad de derechos entre insulares y peninsulares y la autonomía arancelaria. Pero las reformas llegaron demasiado tarde: los independentistas, que contaban con el apoyo estadounidense, se negaron a aceptar el fin de las hostilidades, que fue unilateralmente declarado por el gobierno español.

Paralelamente al conflicto cubano, en 1896 se produjo una rebelión en las Islas Filipinas. La colonia del Pacífico había recibido una escasa inmigración española y contaba con una débil presencia militar, que se veía reforzada por un importante contingente de misioneros de las principales órdenes religiosas. Los intereses económicos españoles eran mucho menores que en Cuba, pero se mantenían por su producción de tabaco y por ser una puerta de intercambios comerciales con el continente asiático.

El independentismo fraguó en la formación de la Liga Filipina, fundada por José Rizal en 1892. La Liga contó con el apoyo de una facción de la burguesía mestiza hispanoparlante y de grupos indígenas. La insurrección se extendió por la provincia de Manila y el capitán general Camilo García Polavieja llevó a cabo una política represiva, condenando a muerte a Rizal a finales de 1896. El nuevo gobierno liberal de promovió una negociación indirecta con los principales jefes de la insurrección, dando como resultado una pacificación momentánea del archipiélago.

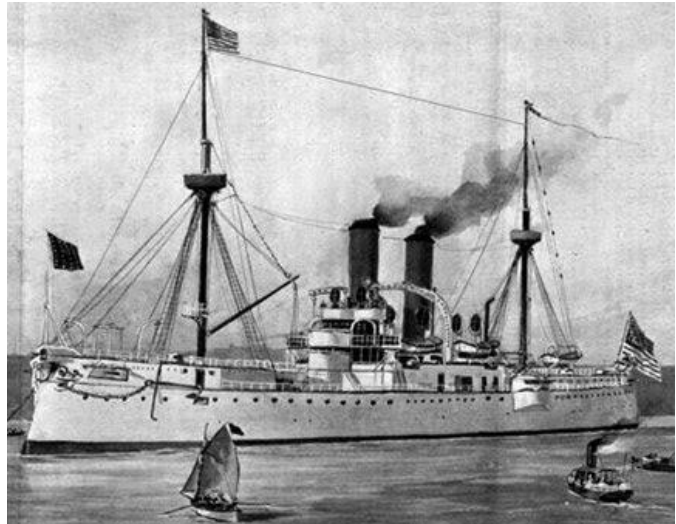


Valeriano Weyler

LA GUERRA HISPANO-ESTADOUNIDENSE DE 1898

Estados Unidos había fijado su área de expansión inicial en la región del Caribe y, en menor medida, en el Pacífico, donde su influencia ya se había dejado sentir en Hawái y Japón. El interés de Estados Unidos por Cuba había llevado a realizar diferentes proposiciones de compra de la isla, que España siempre había rechazado. El compromiso americano con la causa cubana se evidenció a partir de 1895, cuando el presidente McKinley mostró abiertamente su apoyo a los insurrectos, a los que enviaba armas por vía marítima.

Las razones de Estados Unidos para intervenir en el conflicto fueron de diversa índole. Existía una larga tradición que reivindicaba la influencia en el Caribe, y en concreto sobre Cuba y Puerto Rico. Además, la guerra hispano-cubana coincidió con el momento de máxima expansión del imperialismo de Estados Unidos en el propio continente, en el Caribe y en Asia. El pretexto de EE.UU. para declarar la guerra a España fue la voladura en febrero de 1898 del acorazado Maine fondeado en el puerto de la Habana en visita de *buena voluntad*. Las causas de la explosión nunca se averiguaron, probablemente se trató de un accidente fortuito que costó la vida a 266 marinos estadounidenses. El presidente McKinley amenaza con la intervención si España no abandona Cuba y vuelve a proponer la compra de la isla, que de nuevo es rechazada.



El acorazado Maine en la bahía de la Habana, en la Ilustración Española y Americana

La comisión americana que investigaba el hundimiento decidió que la voladura había sido una provocación española. El 19 de abril de 1898 en un ultimátum se exigía la renuncia española a Cuba en el plazo de tres días. Los dirigentes políticos españoles eran conscientes de la inferioridad militar española, pero consideraron humillante la aceptación, sin lucha, del ultimátum. Comenzaba así la guerra hispano-norteamericana.

Importante

La opinión pública norteamericana clamaba por la guerra debido a una dura campaña periodística antiespañola de los periódicos. La mayoría de los españoles también la deseaban, desconocedores del poder real de los Estados Unidos. Pero los políticos y militares sabían que les esperaba la derrota. Republicanos, socialistas y anarquistas eran los únicos que estaban en contra, representaban a los sectores más populares que soportaron el conflicto de forma directa como soldados, entre ellos se registró en número más elevado de bajas, muchos de ellos regresaron mutilados o enfermos. Los partidos monárquicos estaban convencidos de que el abandono de las colonias traería la caída de la monarquía y prefirieron exponerse a una derrota segura. Sin embargo, resulta muy difícil pensar que España hubiese abandonado voluntariamente sus colonias en un momento en el que todos los países europeos estaban lanzados a la actividad colonial.

El **desarrollo del conflicto** estará jalonado por las continuas derrotas españolas, con una mezcla de incompetencia y mala dirección de las operaciones por parte de los españoles unido a la superioridad material estadounidense. En el conflicto las principales acciones bélicas tuvieron lugar en el mar y en las dos principales batallas las flotas españolas quedaron destruidas.

La primera batalla desde el punto de vista cronológico tuvo lugar en Filipinas, cuando la escuadra norteamericana del Pacífico el día 1 de mayo destruyó en la batalla de Cavite a la flota española de las Filipinas tras una hora de combate. Seguidamente se inició una nueva rebelión en las Filipinas, apoyada por los EE.UU. que desplazaron un contingente a las islas y que lograrán tomar Manila el 14 de julio.

Más grave todavía fue la derrota en Cuba de la flota del Almirante Cervera, en teoría la más poderosa de España, con buques modernos y rápidos, pero cuyo comandante cometió el error de dejarse encerrar en el puerto de Santiago de Cuba; ello provocó que los norteamericanos desembarcaran cerca de este puerto para tratar de tomarlo con tropas de tierra y, aunque sufrieron graves bajas, cercaron la ciudad, mientras la poderosa flota norteamericana del Atlántico del Almirante Sampson bloqueaba el puerto. Finalmente, el día 3 de julio la flota española trató de escapar, pero, en la batalla de Santiago, fue completamente hundida en unas horas por los americanos.

Mientras tanto, los norteamericanos habían tomado también la mayor parte de la isla de Puerto Rico y, en el Pacífico, la isla de Guam en las Marianas, como base para mantener comunicadas Filipinas con la costa oeste norteamericana. Ante tal acumulación de desastres militares, finalmente el gobierno español inició las conversaciones diplomáticas con EE.UU. a través de Francia.



Caricatura sobre la intervención americana en la Guerra de Cuba

Las negociaciones de paz se plasmaron en el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898. España perdió Cuba que era declarada independiente, quedando bajo *la protección provisional* de los Estados Unidos. En 1901-1902 la enmienda Platt a la nueva Constitución cubana concedía a los Estados Unidos el derecho a intervenir en asuntos políticos y militares, el arrendamiento de ciertos servicios y el control de las relaciones exteriores, todo ello sin duda enmascaraba la soberanía norteamericana sobre la isla.

España cedía a Estados Unidos Puerto Rico, la isla de Guam y Filipinas a cambio de una indemnización de 20 millones de dólares. En 1899 España entregó al Imperio alemán las islas Carolinas, las Marianas y las Palaos a cambio de 25 millones de dólares. Quedaba así liquidado el Imperio español.

CONSECUENCIAS DEL DESASTRE DE 1898

La derrota y la consiguiente pérdida de las colonias fueron conocidas en España como el "Desastre del 98". Aunque la crisis del sistema político y, en parte, de la sociedad y la cultura españolas, ya estaba anunciada, el desastre se convirtió en símbolo de la primera gran crisis del sistema político de la Restauración.

UNA CRISIS POLÍTICA Y MORAL

A pesar de la envergadura de la **crisis de 1898** y de su significado simbólico, sus repercusiones inmediatas fueron menores de lo esperado. Aunque la guerra comportó notables pérdidas materiales en la colonia, no fue así en la metrópoli, donde la crisis económica fue mucho menor. La necesidad de hacer frente a las deudas contraídas por la guerra cubana promovió una reforma de la Hacienda, llevada a cabo por el ministro Fernández Villaverde con la finalidad de incrementar la recaudación a partir de un aumento de la presión fiscal.

Tampoco aconteció la gran crisis política que se había vaticinado y el sistema de la Restauración sobrevivió, asegurando la continuidad del turno dinástico. Sin embargo, algunos de los nuevos gobernantes intentaron aplicar a la política las ideas del regeneracionismo, una corriente muy crítica con el sistema político y la cultura españolas. La crisis política estimuló a los movimientos nacionalistas, sobre todo en el País Vasco y Cataluña, donde se denunció la incapacidad de los partidos dinásticos para desarrollar una política renovadora y descentralizadora.

De este modo, **la crisis del 98 fue fundamentalmente una crisis moral e ideológica**, que causó un importante impacto psicológico entre la población. La derrota sumió a la sociedad y a la clase política española en un estado de desencanto y frustración porque significó la destrucción del mito del Imperio español -en un momento en que las

potencias europeas estaban construyendo vastos imperios coloniales en Asia y África- y la relegación de España a un papel de potencia secundaria en el contexto internacional. Además, la prensa extranjera presentó a España como una "nación moribunda", con un ejército totalmente ineficaz, un sistema político corrupto y unos políticos incompetentes. Esa visión cuajó en buena parte de la opinión pública española.

EL REGENERACIONISMO

El fracaso de la revolución de 1868 había dejado una huella importante en los intelectuales progresistas, que consideraban que se había perdido una gran ocasión para modernizar el país. Éste era el sentimiento de un grupo de intelectuales reunidos en la Institución Libre de Enseñanza, creada en 1876, cuando muchos catedráticos abandonaron la universidad al no permitírseles la libertad de cátedra. La institución, que tenía en sus filas a intelectuales de la talla de Francisco Giner de los Ríos, fue una gran impulsora de la reforma de la educación en España.

Sanos intelectuales formados en la Institución Libre de Enseñanza consideraban que la sociedad y la política españolas, en exceso influidas por la doctrina católica, no favorecían ni la modernización de la cultura ni el desarrollo de la ciencia. Esta corriente, que hablaba con insistencia de la regeneración de España, acabó conociéndose como regeneracionismo. Su mayor exponente fue Joaquín Costa.

Los regeneracionistas defendían la necesidad de mejorar la situación del campo español y de elevar el nivel educativo y cultural del país, como refleja el lema, también de Costa: "escuela y despensa". En la década de 1890 empezó a producirse también una renovación en la ciencia española con la introducción del positivismo, los adelantos de la medicina y la ciencia experimental.

Así mismo, un grupo de literatos y pensadores, conocidos como **la Generación del 98**, intentaron analizar el "problema de España" en sentido muy crítico y en tono pesimista. Pensaban que tras la pérdida de los últimos restos del Imperio español había llegado el momento de una regeneración moral, social y cultural del país (Unamuno, Valle Inclán, Ramiro de Maeztu, Azorín, Baroja, etc.)

EL FIN DE UNA ÉPOCA

El desastre de 1898 significó el fin del sistema de la Restauración, como lo había diseñado Cánovas, y la aparición de una nueva generación de políticos, intelectuales, científicos, activistas sociales y empresarios, que empezaron a actuar en el nuevo reinado de Alfonso XIII.

Sin embargo, la **política reformista** de tono regeneracionista que intentaron aplicar los nuevos gobiernos tras la crisis del 98 no llevó a cabo las profundas reformas anunciadas, sino que se limitó a dejar que el sistema siguiese funcionando con cambios mínimos.

La derrota militar tuvo también consecuencias en el ejército, acusado por una parte de la opinión pública de tener gran responsabilidad en el desastre. Frente a un **antimilitarismo** creciente en determinados sectores sociales, una parte de los militares se inclinó hacia posturas más autoritarias e intransigentes, atribuyendo la derrota a la ineficacia y la corrupción de los políticos. En el seno del ejército fue tomando cuerpo un sentimiento corporativo y el convencimiento que los militares debían tener una mayor presencia y protagonismo en la vida política del país. Esta injerencia militar fue aumentando en las primeras décadas del siglo XX y culminó en el golpe de Estado de Primo de Rivera, en 1923, que inauguró una dictadura de casi siete años, y en el protagonizado por el general Franco en 1936, que provocó una guerra civil y sumió a España en una dictadura militar de casi cuarenta años.